

# UNA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA EN LA ARGENTINA\*

TAMES R. SCOBIE\*\*

La revolución en la agricultura argentina de fines del siglo diecinueve y creó un país y un pueblo nuevos, en gran medida como en otros tiempos la Revolución Industrial había transformado la faz de Inglaterra y la de Europa. Los poblados españoles, la economía pastoril de Buenos Aires y el surgimiento político de una nación representaron pasos fundamentales en el proceso histórico del crecimiento argentino. Pero hasta que se hubo agregado una cuarta faceta -la de producción de cereales y carne para los mercados europeos-, la base económica y social para la Argentina moderna permaneció incompleta.

En unas pocas décadas a fines del siglo diez y nueve y al comienzo del siglo veinte, la hijastra descuidada del Imperio Español, la anárquica república latinoamericana, surgió como un rutilante país de esperanza y prosperidad. Una malla de rieles de acero se expandió por las praderas. Un torrente de inmigrantes italianos y españoles se volcó en las ciudades costeras y de allí hacia el interior. El maíz, el trigo, el lino y la alfalfa brotaron sobre las pampas. Los planteles de raza, los alambrados y los frigoríficos reemplazaron a los rebaños flacos y huesudos, los terrenos de pastoreo abierto y los saladeros. Y con estos cambios se produjo el surgimiento gradual de una sociedad nueva y de valores nuevos. Los inmigrantes europeos y la cultura europea que se agolpaban sobre la franja costera de la Argentina influenciaron y más adelante modificaron al pueblo hispánico tradicional y su estilo de vida. El indio, el negro, el gaucho y hasta el mestizo se fueron perdiendo hasta sobrevivir de modo más pálido únicamente en lo más remoto del interior argentino. La riqueza generada por la producción agrícola y el intercambio comercial creó nuevas élites, nuevas clases y nuevas ambiciones. Las ciudades y los pueblos se expandían a medida que se aceleraba la corriente hacia los centros urbanos. Las industrias, anteriormente limitadas a ela-

---

\* Versión al Castellano de Martín A. Fuchs.

\*\* Visiting Scholar; Columbia University.

borar materiales nuevos, dirigían sus energías de modo creciente a la satisfacción de las necesidades de consumo dentro del país. Las responsabilidades y obligaciones del gobierno se expandieron en círculos cada vez más amplios y con ellas el ejército de burócratas, empleados y protegidos. La distinción simple entre familias decentes y pobres desapareció bajo la avalancha de recién llegados, en tanto banqueros y albañiles, políticos y estibadores, arrendatarios y almaceneros se disputaban la distribución de la prosperidad recién desarrollada.

Los cultivos anuales proveyeron el primer agregado -quizás el más fundamental- a esta Argentina nueva. En íntima conexión con este cambio agrícola estaban la revolución de las industrias pastoriles y la expansión urbana de Buenos Aires. La manera en que el capital, los inmigrantes y la tecnología llegaron a las pampas creó muchas de las características actuales del campo argentino, así como de sus ciudades y poblados.

El país de Rivadavia, de Rosas, Urquiza y Mitre no había atraído a pequeños agricultores independientes ni dedicado una extensión significativa de las pampas a cultivos anuales. No obstante los esfuerzos aislados para establecer a familias de inmigrantes europeos en colonias agrícolas en las zonas rurales de Buenos Aires y Santa Fe o sobre la frontera con los indios, las cosechas de cereales, verduras y frutas eran cultivadas casi por entero en lotes que rodeaban a las ciudades principales. Fuera de las ciudades pocos conocían el gusto del pan y hasta la década del 70 la ciudad de Buenos Aires importaba aún cantidades sustanciales de harina de trigo de los Estados Unidos y de Chile. Las dificultades que experimentaba el pequeño tenedor para obtener un título claro de posesión de su tierra, la dedicación casi exclusiva de la economía de exportación y doméstica a los intereses pastoriles, la amenaza permanentemente presente de los indios y la falta de transporte, trabajadores o alambrados militaban contra el cultivo de la tierra.

Empero dos desarrollos no relacionados proveyeron la cuña para abrir el cultivo de las pampas: la expansión de la cría de ovejas en Buenos Aires y la región costera después de 1850 y el establecimiento exitoso de varias colonias agrícolas en las décadas del 1850 y del 1860, especialmente en Santa Fe. Los ovinos intensificaban el uso de la tierra y elevaban su valor, atraían inmigrantes, alentaban la construcción de ferrocarriles y fomentaban el comercio y

la exportación. Eventualmente los ovinos hasta obligaron a actuar contra la amenaza de los indios. A medida que la presión creada por la cría de ovinos desplazaba al ganado vacuno, menos beneficioso, fuera de los campos de pastoreo mejorados que rodeaban a la ciudad de Buenos Aires, el gobierno nacional tuvo que tomar medidas para proteger a las estancias de ganado vacuno situadas en la frontera. La exterminación de los campamentos indios del valle de Río Negro proveyó finalmente la seguridad largamente buscada y también una vasta zona nueva para la expansión del pastoreo. Una vez que las ovejas hubieron instaurado de tal manera muchas de las condiciones necesarias para el establecimiento de los campos de pastoreo costeros, los cultivos anuales y la cría de ganado se incorporaron prontamente. Al mismo tiempo que estos efectos de la cría de ovinos se expandían por el campo situado alrededor de Buenos Aires unos cuantos centenares de familias suizas, alemanas y francesas contratadas se establecieron en colonias agrícolas cercanas a la ciudad de Santa Fe y comenzaron el primer cultivo extensivo de las pampas. Sobre la década de 1870 estas colonias habían efectuado un aporte significativo a la cosecha de trigo de la Argentina y al finalizar dicha década habían contribuido a las primeras exportaciones de cereales en escala modesta a Europa.

A pesar de ello, los intentos iniciales de efectuar cultivos anuales en las pampas enfrentaron muchos obstáculos. La colonización oficial comenzó en Santa Fe en zonas marginales, expuestas a incursiones de los indios chaqueños y de poco valor para los intereses pastoriles. Resulta irónico que, al efectuar investigaciones muchos años más tarde, el Ministerio de Agricultura Argentino registró a gran parte de esta región como submarginal para el cultivo del trigo. Empresarios bajo contrato con gobiernos nacionales o provinciales convenían en despachar familias europeas a zonas agrícolas y proveerlas de tierra, implementos, alimento y semillas. La expectativa al respecto era que estos recién llegados sin recursos devolverían tales adelantos con intereses, después de unos pocos años. Para gran desilusión de los gobiernos, empresarios y no pocos colonos, la labranza en una frontera remota y aún desconocida no rendía tales ganancias inmediatas. A menudo ni se cumplían las promesas efectuadas a los colonos y la experiencia de las familias inmigrantes a la primera de las colonias santafecinas en Esperanza se repitió con frecuencia por demás reiterada:

No se había pensado en medidas de la primera importancia para ésta (la Colonia).

No se había construido ninguna clase de alojamiento para los colonos, ni pozos, ni corrales para los animales: no se había preparado ni tomado medida alguna para el orden público ni respecto de la enseñanza de los trabajos, de que tenían que subsistir los colonos, y que ignoraban completamente; el arreglo del culto; hospitales para los enfermos, etc., etc.<sup>1</sup>

Pero a pesar de las privaciones y de las miserias, los indios y las langostas, las sequías y las inundaciones, estas colonias agrícolas sobrevivieron. Por primera vez en la historia argentina los cultivos anuales y la radicación de familias sentaron sus reales de modo definitivo en las pampas. Y si bien los gobiernos abandonaron pronto las medidas de colonización oficiales, las compañías privadas, los terratenientes y los ferrocarriles se embarcaron en sus propios proyectos para aumentar el valor de la tierra y para estimular el intercambio por medio de colonias de labranza.

Los ferrocarriles en particular abrieron un nuevo horizonte para los cultivos anuales. A fines de la década de 1860 el Ferrocarril Central Argentino de Rosario a Córdoba estaba por llegar a su término. Como parte de la concesión a la compañía inglesa que construía la línea, se había otorgado a una subsidiaria una faja de cinco kilómetros de ancho a cada lado de la vía para fines de colonización. En Suiza se inició un reclutamiento activo de inmigrantes que pronto se expandió a Italia, y en Marzo de 1870 se instaló la primera colonia a unos veinte kilómetros al oeste de Rosario. La compañía ofrecía lotes de treinta a setenta hectáreas de tamaño en venta directa a los colonos. Si no disponían de capital, la tierra podía ser arrendada por un pequeño importe fijo anual con una opción de compra en el futuro, una vez que el colono hubiera acumulado fondos. También era posible obtener de la compañía adelantos en animales, equipos, alimento y vivienda, a ser devueltos con fondos provenientes de las cosechas subsiguientes. En un año aparecieron tres colonias más a lo largo de las vías del Central en Santa Fe, en total tres mil habitantes

---

<sup>1</sup> Guillermo Perkins: **Las Colonias de Santa Fe. Su origen, Progreso y Actual Situación**. Con Observaciones Generales sobre la Emigración a la República Argentina. Siendo una serie de artículos escritos para El Ferro-Carril del Rosario, aumentados con nuevos datos y publicados en español a inglés. (Rosario de Santa Fe, Imprente de El Ferro-Carril, 1864), p. 18.

que eran una promesa de prosperidad agrícola para sus comunidades y de ingresos por fletes para el ferrocarril.<sup>2</sup> De éste modo el transporte ferroviario incorporó a toda una nueva zona de Santa Fe anteriormente aislada por la distancia de los poblados o de los ríos, con la consiguiente imposibilidad de su explotación. Y como las industrias pastoriles aún no se habían desarrollado en esta región, la tierra barata alentó a hizo posible la difusión de colonias agrícolas dedicadas principalmente al cultivo del trigo. Compañías privadas de tierras siguieron el ejemplo del Central y ofrecieron lotes individuales con pagos en cuotas que abarcaban de tres a diez años.<sup>3</sup>

Hasta algunos terratenientes reconocieron que la radicación y los cultivos anuales podían aumentar el valor de sus tenencias, vastas y frecuentemente inexploradas. Un aviso publicado en La Nación era típico de la década de 1870:

*Colonia Sol de Mayo*. -Los señores Videla y Latorre, vecinos de la provincia de Santa Fe, piensan fundar una colonia en los campos de su propiedad. El área total de la colonia es de dos leguas cuadradas, dividida en ciento sesenta concesiones de cuatro cuadras de frente por cinco de fondo (o sea, treinta y tres hectáreas). Se proporcionarán a los pobladores las mayores ventajas posibles, como ser por ejemplo, maderas, bueyes, útiles de labranza, etc. Además, la mensura y las escrituras serán gratis.<sup>4</sup>

El sueño de la propiedad de la tierra se transformó en una motivación fundamental para la creciente marea de inmigración europea al Río de la Plata después de 1870. Las compañías de tierras ya no tenían que contratar familias en Europa, sino podían procurar candidatos en el puerto de Buenos Aires entre los que ya habían pagado su travesía del Atlántico. Pero en la provincia de Buenos Aires el alto valor de las tierras para ganado ovino y vacuno y la economía y psicología profundamente arraigadas de una sociedad pastoril ofrecían pocas oportunidades a los recién llegados sin recursos para llegar a obtener propiedad sobre la tierra. Solamente en Santa Fe la combinación de tierra barata, precios altos para el trigo, campo virgen y no agotado, familias numerosas que proveían muchos brazos

---

<sup>2</sup> Guillermo Wilcken: **Las Colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina (Buenos Aires, 1873)**, pp. 147-183.

<sup>3</sup> Sta. Fe, Pvcia. de: **Informe del inspector de colonias de la Provincia**, D. Jonás Larguía (Bs. As. 1876) p.37

<sup>4</sup> Enero 29, 1876, p 1

para la cosecha y una cierta dosis de suerte con el tiempo, sentó las bases para que campesinos industriosos llegaran a ser propietarios independientes de quince, treinta o cuarenta hectáreas, después de cuatro o cinco años. El centro y el sur de Santa Fe constituyeron así la plaza fuerte de avanzada del pequeño campesino-propietario y aún hoy en día ostentan el mayor porcentaje de terratenientes de la nación.

Empero, alrededor de 1880 los cultivos anuales y la siembra de trigo sólo habían afectado a un pequeño rincón más vale marginal de las pampas. A pesar de la fertilidad probada de estos campos de pastoreo, a pesar de los varios miles de familias inmigrantes establecidas en la tierra y en camino a devenir pequeños terratenientes, a pesar de las primeras exportaciones significativas de harina y trigo de la Argentina, la supremacía de la economía pastoril no había sido alterada en nada. La verdadera expansión de los cultivos anuales en las pampas se vio subordinada a esperar a los grandes terratenientes y a los intereses de la ganadería vacuna y ovina. La revolución en las pampas surgió en primer lugar de la economía pastoril de Buenos Aires y sólo secundariamente de las colonias de Santa Fe. Por esta razón y si bien la nación prosperaba económicamente, la expansión agrícola subsiguiente no trajo consigo ninguna democracia de pequeños terratenientes y produjo pocas mejoras en el modo de vida rural. Resumiendo: no hubo una conquista real de estos campos de pastoreo por la gente que vivía y trabajaba sobre ellos.

La década de 1880 vio la solución de muchos problemas espinosos que habían retenido aparentemente el progreso nacional, surgiendo de tal modo el punto de partida para una Argentina nueva. En 1879-1880, Julio A. Roca, soldado profesional, político y Ministro de Guerra, condujo una expedición militar al valle del Río Negro. Tocaron a su fin las políticas de tratados y fortines defensivos. Los Rémington pronto neutralizaron las lanzas de los Araucanos. Las tropas nacionales destruyeron los campamentos indios y dispersaron a sus habitantes. Muchos de ellos fueron enviados como sirvientes cautivos a hogares de Buenos Aires. Expediciones subsiguientes llevaron la soberanía argentina efectiva por primera vez a toda la Patagonia y al terminar el siglo reavivaron el fuego de la cuestión de límites Argentino-Chilena, por largo tiempo latente. Pero más importante fue que esta Conquista del Desierto hizo accesibles

todas las pampas y la Patagonia a la explotación y eliminó para siempre las incursiones de los indios que habían frenado tan efectivamente la expansión de las estancias, los ferrocarriles y las colonizaciones hacia el oeste y el sur.

Junto con este adelanto territorial vino la estabilidad política. En 1880, a continuación de una breve revolución efectuada por los porteños, el mismo Julio A. Roca asumió la presidencia de un gobierno nacional residente en la ciudad de Buenos Aires, a la sazón federalizada. Después de las luchas violentas entre centralistas y autonomistas, entre porteños y provincianos, un cierto orden y tranquilidad descendieron momentáneamente sobre la Argentina. El caudillo local independiente estaba desapareciendo rápidamente, en tanto que la agitación de masas por la democracia, elecciones libres o beneficios sociales aún no se había hecho sentir. En este lapso gobernó la así denominada oligarquía, liberales del siglo diecinueve ansiosos por hacer adelantar la prosperidad de la Argentina; católicos, si bien a menudo con sentimientos anticlericales; hombres fuertemente imbuidos de cultura europea y en particular francesa; políticos estrechamente asociados con capital británico o extranjero y con intereses terratenientes en la Argentina; estadistas con la ambición no sólo de transformar a Buenos Aires en la París de Sud América, sino también de hacer de la Argentina una de las naciones rectoras en el hemisferio occidental; una élite de porte grave, educada, progresista y altiva.

Junto con estos logros territoriales y políticos, la Argentina también se expandió económicamente. Empero los acontecimientos que transformaron y revolucionaron las pampas dejaron en gran medida intacto el interior. Y en último análisis, la economía pastoril de Buenos Aires surgió una vez más como el árbitro de la agricultura y del comercio argentinos. La carne estaba en el centro de estos desarrollos. En el litoral argentino la carne de vacuno constituía el renglón más barato de la dieta y con frecuencia el único. Durante la década de 1860 las reses del 60% de los vacunos sacrificados no se utilizaron nunca en lo que a su carne respecta.<sup>5</sup> Para la población urbana de Europa, en rápida expansión y donde la carne era un lujo inalcanzable para los pobres, este derroche era chocante. La cuestión era cómo salvar la distancia de los océanos y hacer efectivo el

---

<sup>5</sup> Horacio C. E. Giberti. **Historia económica de la ganadería argentina** (2ª, ed., Buenos Aires, 1861) p. 161.

encuentro entre la oferta y la demanda. Varios empresarios fueron a la quiebra tratando de desarrollar el gusto europeo por la carne salada, pero las tiras de carne grisácea saboreadas con gusto por los esclavos brasileños eran rechazadas hasta por los habitantes de los barrios pobres de París y de Londres. Los esfuerzos para reducir los jugos de la carne a forma de pasta fueron más exitosos. *Liebig's Meat Extract*, fabricado en Entre Ríos y en el Uruguay, alcanzó amplio uso en los hospitales y asilos de Europa en la década de 1860 y pronto se transformó en un renglón hogareño popular en el continente europeo. Otras mentes con inventiva ensayaron la deshidratación de la carne, envasarla en latas al vacío a inyectarle preservadores, pero no tuvieron éxito comercial. Empero, el método de conservación constituía solamente la mitad del problema. Varios terratenientes perspicaces, que organizaron la Sociedad Rural Argentina en 1866, captaron lo que la mayor parte de los ganaderos comprendieron recién tres décadas más tarde: que la carne de los planteles nativos; flacos y huesudos, no agradaría nunca a los paladares europeos, fuera cual fuera el modo en que se preparara. Así comenzó una campaña precursora que abrió el camino de modo perseverante para instruir a los criadores de ganado en las realidades de que los toros de *pedigree* no eran meras curiosidades y de que los alambrados y la alfalfa eran ingredientes esenciales de una nueva era. Pero hasta que fue salvada la distancia a Europa, el saladero y el mercado de cueros detentaron un dominio absoluto, y eran pocos los que podían ver el valor de los planteles de raza, los alambrados o las pasturas de alfalfa.

Durante la década de 1880 el mercado europeo entró finalmente dentro del alcance de los productores de carne argentinos por medio de embarques de carne congelada y de ganado en pie. En 1876 llegó a Buenos Aires un cargamento experimental de reses enfriadas proveniente de Rouen, Francia. Si bien en un banquete los dirigentes del comercio y la sociedad porteños apenas si pudieron atorarse con cortes que habían envejecido durante tres meses bajo refrigeración menos que perfecta, estaban entusiasmados con la idea. En el curso de unos cuantos años a partir de ese entonces la carne congelada (-30°C) superó a la enfriada (*chilled*; 0°C), dado que era más apropiada para el largo viaje y el nivel rudimentario de la tecnología. Al mismo tiempo, el estímulo inicial de este nuevo comercio recayó sobre los ovinos más que sobre los vacunos, pues las reses más

pequeñas podían ser manipuladas y conservadas con mayor facilidad. Inversores británicos que se ocupaban simultáneamente del transporte más prolongado y más costoso de carne de carnero desde Australia, construyeron el primer frigorífico en Buenos Aires en 1882, que fue seguido por varios otros. Como estos frigoríficos pagaban un 50% más por las reses de ovinos que los saladeros o las fábricas de sebo, esto inmediatamente fomentó la producción de un animal que pudiera ser utilizado por su carne tanto como por su lana.<sup>6</sup> Como resultado de esto, la raza Lincoln modificó gradualmente a la Merino, previamente dominante, y los criadores de ovinos se interesaron de modo creciente en la cría selectiva y en las pasturas superiores. Los embarques de ganado en pie ejercieron una influencia similar sobre la producción de ganado vacuno. Si bien hacía tiempo que se enviaban animales de raza a través del Atlántico hacia la Argentina, solamente el incremento de la navegación a vapor al Río de la Plata y el tamaño mayor de los barcos hizo que el embarque de retorno de vacunos ordinarios para carne rindiera beneficio. Sin embargo, las primeras exportaciones de ganado en pie en la década de 1870 fracasaron comercialmente debido a la calidad pobre de los planteles nativos. A mediados de la década de 1880 los mismos incentivos económicos que estaban transformando la producción de ovinos comenzaron a operar sobre los criadores de vacunos. La prédica de la Sociedad Rural recibió en ese entonces un apoyo poderoso de parte de los precios sustancialmente más altos ofrecidos por los exportadores de ganado vacuno, en relación a los que pagaban los saladeros. Así el consumidor británico impuso gradualmente el *Shorthorn*, productor del famoso *rosbif* jaspeado, en la Argentina. Con los toros *Shorthorn* llegó la necesidad de más alambrados para domar el ganado, para impedir la mezcla o degeneración de la raza y para evitar pérdidas. Y como la cortadera (*pasto pampa - pampa grass*) engordaba poco al ganado, se hicieron necesarias pasturas especiales para alimentación cerca de los puertos, a fin de preparar a los animales para el largo viaje oceánico.

Los mismos intereses pastoriles que habían rechazado la inmigración, los cultivos anuales, y aun la explotación ganadera, se vieron ahora enfrentados a cambios económicos radicales. Con la eliminación de la amenaza india adquirieron nuevas y vastas tenencias. Los ferrocarriles pusieron a la tierra dentro del alcance fácil

---

<sup>6</sup> Giberti, p. 171.

de los mercados y ampliaron el horizonte para la expansión agrícola. Además, los mercados par a carne de ovino enfriada y ganado vacuno en pie en Europa, especialmente en Inglaterra, exigían reformas amplias en materia de pastoreo, cría y atención. A fin de salvar esta situación, los estancieros, los grandes terratenientes y los ganaderos de ovinos y vacunos requerían mano de obra o, en otros términos, inmigrantes. Pero en las zonas pastoriles rendidoras el inmigrante no encontraba la situación peculiar que hallaba en Santa Fe, donde los propietarios habían estado dispuestos a vender una parte de sus tenencias a fin de aumentar el valor del remanente, en razón de la proximidad a zonas cultivadas. En 1888 la tierra valía, hectárea por hectárea, cuatro veces más en Buenos Aires que en tenencias similares en Santa Fe.<sup>7</sup> A resultas de ello, el terrateniente porteño no deseaba subdividir su propiedad, al menos a precios que los recién llegados sin recursos podían abrigar la esperanza de amortizar. Acostumbrado a las grandes extensiones necesarias para una economía pastoril rudimentaria, el estanciero también se había habituado al incremento rápido del valor de la tierra. La expulsión de los indios y la construcción de los ferrocarriles no defraudó tales expectativas y la nueva era de producción de carne para Europa contribuyó a una inflación mayor aún.

El efecto neto de esta situación fue la introducción de los cultivos anuales y de los campesinos inmigrantes a las pampas, como auxiliares de la economía pastoril dominante. La meta de poseer en propiedad un pequeño campo, que había atraído ya a tantos hacia la Argentina y que había sido alcanzada por un considerable número en Santa Fe, se vio ahora sumergida por el sistema de arrendamiento. Por cierto que el arrendamiento satisfacía todas las necesidades inmediatas de los intereses pastoriles. Proveyó un ingreso bienvenido, producido en tierras nuevas y no usadas. Constituyó una valiosa defensa adicional contra las fluctuaciones en la demanda de vacunos a ovinos. Requería poco o ningún capital, ni inversión o riesgos por parte del terrateniente, y no obstante le resguardaba cualquier incremento en el valor de la tierra. Y he aquí lo más importante, proveía los medios para iniciar la apertura del suelo, destruir la cortadera y reemplazarla con forraje para planteles de raza fina. El ganado vacuno requería pasturas de alfalfa, pero el

---

<sup>7</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, Dirección de Estadística y Economía Rural, **La Cuestión Agraria** (Buenos Aires, 1912), p. 16.

terrateniente no tenía capacidad para plantarla él mismo. Algunos hicieron el ensayo y declararon prohibitivo el costo de mano de obra y equipos. El sistema de arrendamiento resolvió estos problemas del modo en que lo expresaban los Anales de la Sociedad Rural: La tierra se divide previamente en potreros alambrados de 1.600 a 2.000 hectáreas, y en seguida se subdivide en lotes amojonados y numerados de 200 hectáreas, sin alambrado intermedio. Estos lotes se arriendan a chacareros italianos con elementos y recursos propios, a razón de \$4.- m/n. la hectárea, por el término de 3 años, con la obligación de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato, siendo de cuenta del establecimiento proporcionar la semilla de alfalfa .<sup>8</sup>

Este sistema de arrendamiento tenía cierto atractivo inicial para el mismo inmigrante. El campesino del norte de Italia (que constituía el grueso de la nueva clase campesina de la Argentina), que llegaba a Buenos Aires sin nada para ofrecer más que su fuerza física y el trabajo de su mujer y de sus hijos, podía obtener rápidamente un puesto como mediero. En este caso recibía implementos, semilla y alimentos adelantados de parte del terrateniente y entregaba la mitad de su cosecha en pago. El cultivo de su campo estaba limitado a uno o dos años; después tenía que mudarse a una nueva ubicación. Su ventaja residía empero en que tenía poco que perder. No poseía capital ni equipos. Si la cosecha resultaba mala, no tenía que pagar arrendamiento ni hipotecas. Si bien la inseguridad y la pobreza podían seguirle los pasos, su destino no era peor que en su país de origen. Y en caso de que las cosechas fueran buenas durante varios años sucesivos, el mediero podía mejorar su situación pasando a la categoría de arrendatario o, en caso de ser verdaderamente inteligente, volviendo a la ciudad con su pequeño capital acumulado.

En su condición de arrendatario, el inmigrante agregaba arados, rastras, cosechadoras, bueyes y caballos al capital representado por su fuerza física. Por consiguiente, los terratenientes buscaban sus servicios aún más que los del mediero, pues el arrendatario se hacía cargo de la totalidad del riesgo y la inversión. El propietario contribuía tan sólo el uso de su tierra, la que probablemente no había rendido ingresos anteriormente y sólo podía ser mejorada por el cultivo. El contrato, generalmente verbal, asignaba al arrendatario un terreno

---

<sup>8</sup> Benigno del Carril. Praderas de Alfalfa , **Anales de la sociedad Rural Argentina**, XXVI (1892), p. 274.

de ochenta a doscientas hectáreas, por un plazo de tres a seis años. Tenía que construir su propia casa y, si así lo quería, construcciones de resguardo para implementos, animales o granos. En caso de no haber un curso de agua o una aguada en las proximidades, tenía que cavar un pozo para su propio uso y para los animales. Sin embargo, no recibía ninguna asignación por mejoras cuando se iba, puesto que para el ganadero de vacunos a ovinos o para el terrateniente, una casa, un cobertizo o un pozo constituían obstrucciones más que mejoras. Apenas si podía disponer de su tierra arrendada. A veces el contrato le asignaba una pequeña parcela para pastoreo, pero solamente lo suficiente como para los animales de trabajo necesarios. El resto estaba obligado a cultivarlo, generalmente con el cultivo anual indicado por el terrateniente. Si su locador era un ganadero, era casi seguro de que tenía que dejar la tierra sembrada con alfalfa después de su última cosecha. A medida que se difundió el sistema de arrendamiento, se ensancharon sus condiciones más onerosas, tales como la obligación de emplear la trilladora del propietario, venderle la cosecha a él, o comprar las provisiones en un almacén previamente indicado.

Sin embargo, los sueños de riqueza y prosperidad nunca habían brillado con más intensidad en el Río de la Plata. La zona limitada dedicada a los cultivos anuales bajo el sistema de colonias se expandió repentinamente en las décadas de 1880 y 1890 bajo el impacto del arrendamiento y de las necesidades de la economía productora de carne. Entre 1872 y 1895 la superficie cultivada en las pampas aumentó quince veces, llegando a casi cuatro millones de hectáreas. La expansión se produjo también en muchos otros aspectos. Las exportaciones ascendieron desde un valor de treinta millones de pesos oro, en 1870, a sesenta millones en 1880, cien millones en 1890 y a más de ciento cincuenta millones al finalizar el siglo. Los cereales incrementaron su participación desde un valor negligible de estas exportaciones en 1870 hasta que totalizaron el 50 por ciento del valor exportado en 1900. La Argentina llegó a ser entonces uno de los productores principales de trigo, superando las exportaciones anuales de varias cosechas en la década de 1890 el millón de toneladas. En los Estados Unidos se llegó a expresar preocupación al respecto, y el *Harpers Weekly* predijo: La República Argentina promete llegar a ser pronto el mayor productor de trigo del

mundo .<sup>9</sup> La línea del Central Argentino de Rosario a Córdoba, que había constituido la mayor parte de los 740 km de riel de la Argentina en 1870, se vio complementada en 1900 con por lo menos treinta, compañías más que incorporaron 16.000 km de vía. La población aumentó de 1.800.000 habitantes en 1869 a 4.000.000 en 1895, en tanto que las últimas décadas del siglo dejaron un saldo neto de aproximadamente 1.500.000 europeos en la Argentina. Sobre la década de 1890 el desarrollo agrícola atraía cada año un mínimo de 50.000 *golondrinas* italianos o españoles, que cruzaban el Atlántico en busca de salarios principescos durante las cosechas de trigo y maíz. Ni el descalabro financiero de 1890, originado por la especulación y el crédito excesivo de la década de auge del 80, pudo llegar a disminuir de modo notable el ritmo de la explotación agrícola.

Esta expansión, basada fundamentalmente en los servicios que los cultivos anuales podían prestar a los terratenientes y a las industrias pastoriles, recibió un impulso aún mayor durante un segundo período de auge económico que duró de 1904 a 1912. El área cultivada de las pampas llegó a más del triple de su valor inicial en la primera década del siglo veinte. El valor de las exportaciones fue en 1910 de trescientos noventa millones de pesos oro en contraste con los treinta millones de cuarenta años antes. Una verdadera telaraña de ferrocarriles cubrió las pampas -localización de la mayor parte de los 27.000 km de vías de la Argentina. Otro millón de europeos se incorporó a una población que en 1914 había alcanzado los ocho millones, en tanto que la migración anual de trabajadores para la cosecha provenientes de Europa era ahora de cien mil personas.

Dos hechos ocurridos en 1900 acentuaron aún más los aspectos ganadero y de arrendamiento de este desarrollo agrícola. En razón de haberse declarado un brote de aftosa en la Argentina, Inglaterra cerró sus puertos a los animales vivos. De un día para el otro, el frigorífico se transformó en el principal comprador y medio de salida para el ganado vacuno argentino. Las estadísticas dicen de la amplitud de este cambio. La carne salada, que abarcaba el 48 por ciento de todas las exportaciones de carne en 1887, cayó al 22 por ciento una década más tarde y al 4 por ciento en 1907. La exportación de vacunos en pie ascendió, de 28 por ciento en 1887 a 43 por ciento en 1897, para caer al 8 por ciento en 1907. Mientras tanto en el lapso de una década, la carne congelada incrementó su

---

<sup>9</sup> Noviembre 3, 1894, Vol. 38, p. 1035.

participación en el total de exportaciones de carne de apenas 0,2 por ciento en 1897 a 51 por ciento en el año 1907.<sup>10</sup> Después de 1908, los progresos en materia de refrigeración permitieron el embarque de carne enfriada al igual que la congelada, mejorando así enormemente el gusto y la presentación de las carnes argentinas para el consumidor británico y preparando así el camino para una ulterior expansión después de la Primera Guerra Mundial. Al evidenciar los frigoríficos un interés tan acentuado por las razas mejoradas y engordadas, los ganaderos tenían que disponer necesariamente de pasturas de alfalfa. También en 1900 la industria de la cría de ovinos recibió impactos paralizantes. Una depresión seria y prolongada en el mercado de lanas de Francia y Bélgica coincidió con extensas inundaciones en el sur de Buenos Aires y con la muerte de catorce millones de cabezas de ovinos. El efecto consiguiente fue un aflojamiento del firme dominio que los ovinos habían mantenido desde mediados del siglo diecinueve sobre la tierra alrededor de la ciudad de Buenos Aires, asignándose gran parte de esta zona a cultivos anuales y a ganado vacuno.

Todos estos desarrollos reforzaron la agricultura por arrendamiento en las pampas. En 1903, solamente un 39 por ciento de los campesinos de Santa Fe y Buenos Aires eran propietarios de su tierra. Sin embargo, seis años más tarde, a medida que los cultivos anuales se expandieron hacia el sur y oeste de las pampas, la proporción de propietarios llegó a declinar a un 37 por ciento en Santa Fe y a un 26 por ciento en Buenos Aires -y esto a pesar de haberse triplicado el número de establecimientos.<sup>11</sup>

La Argentina cosechó entonces los resultados de un sistema de tenencia de la tierra desarrollado durante el período colonial y llevado adelante por Rosas y todos los gobiernos que le siguieron. A pesar de los esfuerzos de ciertos estadistas para trastocar las políticas terratenientes tradicionales, pocos representantes de la élite deseaban cambiar prácticas que les habían proporcionado riqueza y poder y que prometían rendimientos aún mayores para el futuro. Esta actitud había sido prefigurada por la recepción inicial poco entusiasta

---

<sup>10</sup> Ricardo Pillado: El comercio de Carnes en la República Argentina , **Censo Agropecuario Nacional de la República Argentina en 1908**. (3 vols., Buenos Aires, 1909), III, 366.

<sup>11</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, Dirección de Estadística y Economía Rural. Datos Estadísticos, Cosecha 1899/1900 (Buenos Aires, 1900), pp vii-viii; Estadística Agrícola, 1909-1910 `Buenos Aires, 1910 , pp. 80-83.

de las colonias agrícolas y su relegación a las zonas marginales y de frontera. Y si bien periodistas y políticos se pisaban los talones en su apuro por atribuir la prosperidad de los Estados Unidos a la legislación de afincamiento, ( *homestead legislation* ) la aplicación de medidas de este tipo a la Argentina resultaba ser un asunto bastante distinto.<sup>12</sup> Cuando el Congreso Nacional sancionó finalmente una ley de Afincamiento en 1884, sus estipulaciones se limitaron a los campos de pastoreo al sur de la frontera del Río Negro, recientemente conquistada. En un esfuerzo aparentemente enderezado a transformar al gaucho declinante en terrateniente, habilitaba a los ciudadanos para obtener seiscientas hectáreas si las ocupaban y mejoraban la tierra durante cinco años. Pero seiscientas hectáreas constituían una unidad demasiado pequeña para sostener el pastoreo de ovinos en la árida costa patagónica, y si bien la ley no fue derogada hasta el fin del siglo, pocos fueron los que solicitaron concesiones de afincamiento.

Más desafortunada aún fue la suerte de la primera ley integral de tierras de la Argentina del año 1876, proyectada bajo la supervisión del presidente Avellaneda, quien había redactado su tesis en leyes sobre el tema de la legislación del dominio público y que había demostrado constantemente su preocupación por la inmigración y por los problemas agrícolas. En el papel la ley parecía un modelo de sabiduría. Las tierras fiscales eran divididas en secciones de 40.000 hectáreas y ulteriormente subdivididas en lotes de cien hectáreas cada uno. Ocho lotes de cada sección eran reservados para un poblado y tierras anexas al mismo. Los primeros cien lotes de cada sección debían ser distribuidos gratis a inmigrantes, en tanto que el remanente debía ser vendido (un máximo de cuatro lotes por persona) a un precio neto pagable en cuotas en diez años. Disposiciones especiales permitían sin embargo a compañías colonizadoras privadas seleccionar tierras, levantar estudios topográficos y subdividir y colonizar por su propia cuenta, y estas condiciones fueron aprovechadas por especuladores para convertir la ley de 1876 en una burla. Durante los 25 años de su existencia, solamente 14 de las 225 compañías colonizadoras que recibieron

---

<sup>12</sup> República Argentina, Departamento de Agricultura, Informe de 1872, p. lxvi; Anales de la Sociedad Rural Argentina, Abril 30, 1881, pp. 99-101; *ibid.*, Diciembre 31, 1884, p. 585.

tierras cumplieron con las exigencias de subdivisión y afincamiento.<sup>13</sup> La actitud de un concesionario fue típica, al solicitar al Congreso que se le permitiera introducir algún ganado vacuno, en sustitución de las doscientas cincuenta familias que, se suponía, debía haber afincado en sus tierras.<sup>14</sup>

De modo muy similar la nueva riqueza territorial incorporada por la Conquista del Desierto de Roca, desapareció entre las manos de especuladores y grandes terratenientes. Una gran parte del costo de la expedición militar estaba suscripta en bonos redimibles por tierras públicas. A medida que el relevamiento topográfico avanzaba con la frontera, los tenedores de estos bonos elegían sus lotes, valiendo cada bono una legua cuadrada. Una subasta importante de tierras públicas en 1882 dio lugar a derroches similares de la mayor fuente de riqueza nacional de la Argentina, y si bien cada comprador tenía teóricamente un límite de compra de 40.000 hectáreas al valor corriente de 16 centavos por hectárea, los especuladores emplearon agentes o usaron nombres ficticios para obviar aún este límite.<sup>15</sup> Así, aún antes de que el descalabro financiero de 1890 hiciera temporariamente más moderada esta orgía de derroche, toda la superficie de las pampas había pasado a manos privadas, en tenencia para fines de especulación, inversión o prestigio, pero no para pasar a constituir propiedad de quienes cultivaban la tierra.

Esta concentración de la tenencia de la tierra en manos de unos pocos se vio ulteriormente agravada por una inflación intoxicante de los valores de la tierra. Entre 1881 y 1911 el valor de la tierra aumentó en promedio un 218 por ciento en las provincias costeras, produciéndose los incrementos más pronunciados en el sud y el oeste de Buenos Aires.<sup>16</sup> Los inmigrantes, que habían aspirado a la propiedad de la tierra, no sólo se enfrentaban a precios prohibitivos sino también a arrendamientos cada vez menos razonables. Una investigación efectuada por el gobierno de Santa Fe en 1902 llegaba a la siguiente conclusión: De eso tiene la culpa el dueño de las grandes extensiones colonizadas, éste se ha embriagado por la valorización rápida de la tierra; ha creído que si en menos de diez

---

<sup>13</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, **Memoria**, 1901-1902, p. 86.

<sup>14</sup> **El Diario**, Setiembre 26, 1889, p 1.

<sup>15</sup> **El Diario**, Diciembre 1.8, 1883, p. 1. Ver también informe consular, E. L. Baker, Diciembre 17, 1886, Reports from the Consuls of the United States, Vol. 23, N9 82, p. 310.

<sup>16</sup> La Cuestión Agraria, p. 16.

años la legua de un valor de 10.000 pesos moneda nacional había logrado alcanzar el precio un tanto exagerado de 100.000 pesos moneda nacional, no había razón para que los terrenos no aumentaran anualmente en la misma proporción. En esta creencia no ha querido arrendar con contratos largos, siempre con la idea de aumentar el arrendamiento a cada contrato nuevo; de modo que, a medida que bajaba el rinde, que se agotaba la tierra de las materias orgánicas que constituyen su fertilidad, aumentaba paulatinamente el arrendamiento, que pasaba en menos de 6 años, del 12 por ciento del producto, al 18, 20, 22 y también al 25 por ciento .<sup>17</sup>

Las tres décadas siguientes a 1880 vieron la transformación de las tierras de pastoreo naturales, que habían sostenido a vacunos, caballos, ovinos y algunos indios y gauchos nómades, en un dominio agrícola. La explotación actual de las pampas comenzó a tomar forma. En el sur de Santa Fe y en el norte de Buenos Aires el maíz y el ganado lechero se apoderaron gradualmente de la tierra, en tanto en el sudeste de Buenos Aires se desarrollaban enormes pasturas para la alimentación de vacunos de producción de carne. El trigo y los ovinos encabezaban la expansión hacia el este y el sur: el trigo halló finalmente su límite occidental en la línea de caída pluvial mínima para los cultivos anuales; los ovinos avanzaron hacia el sur a lo largo de la costa y las planicies áridas de la Patagonia. Esta conquista agrícola dio lugar a prosperidad para muchos, proveyó la base para el crecimiento comercial, industrial y urbano y desarrolló a la Argentina hasta constituir la en una de las potencias dirigentes de América del Sur. Cuando en 1910 tuvieron lugar las celebraciones del centenario de la Independencia Argentina, los porteños aceptaban con satisfacción el futuro dorado de su nación, estructurado sobre la exportación de carne, granos, lanas y cueros. Pero esta conquista de las pampas no transformó nada, salvo el método de explotación de las tierras de pastoreo. Los colonos, medieros, arrendatarios, trabajadores de la cosecha y peones que producían las cosechas record de granos en la Argentina, que plantaban las pasturas de alfalfa y cuidaban al ganado de raza, daban origen con su trabajo a los mecanismos económicos promotores del cambio en las ciudades de la costa. Pero los campos y fronteras de la Argentina no

---

<sup>17</sup> Dumas, A.: **La crisis agrícola** (Publicación Oficial del Ministerio de Hacienda, Justicia y Obras Públicas, Provincia de Santa Fe) (Santa Fe, 1902), p. 9.

estructuraron ninguno de los fundamentos políticos o sociales de una nación moderna.

El aislamiento continuaba siendo la característica predominante de la escena rural argentina. Esto había sido muy natural en una sociedad pastoril en la que pocos seres humanos eran necesarios en el campo. Pero su vigencia continuó aún después que la producción de carne y cereales rigió en las pampas. Los caminos habían sido innecesarios para la economía de los cueros, de la carne salada y de la lana. Los productos se movían en pie o en carreta de bueyes, como en el caso de los bienes remitidos a las provincias del interior o provenientes de ellas. Para esto bastaban meras huellas a través de la llanura. Cuando en la década de 1880 se desarrollaron los ferrocarriles en las pampas, la etapa intermedia de construcción de caminos fue soslayada. Las compañías británicas construyeron los ferrocarriles en calidad de inversiones. Proveyeron un transporte barato y veloz, al menos en comparación con la carreta de bueyes. A primera vista pareció que los ferrocarriles habían acabado con el aislamiento. Unían el campo al puerto. Pero la vinculación no se producía entre los establecimientos o entre ellos y las comunidades o poblaciones rurales. Los ferrocarriles servían meramente como prolongaciones que exploraban las zonas de vacunos, cereales y ovinos para obtener flete hacia los puertos. Satisfacían las necesidades inmediatas de transporte del campo y al mismo tiempo trabajaban en contra de los caminos. Las compañías ferroviarias no querían competencia, y así durante décadas los únicos caminos que se construían en la Argentina eran las huellas de barro que partían en forma radial desde las estaciones ferroviarias. Aun llegando a la década de 1920 el kilometraje total de caminos en la Argentina importaba solamente dos tercios del de los ferrocarriles.

El campesino se hallaba sumergido en este aislamiento. El sistema de transporte se llevaba sus productos pero no hacía nada para reducir la lejanía que lo separaba de sus congéneres. Los pocos caminos existentes seguían siendo, tal como desde hacía tres siglos, polvorientas huellas poco profundas o largos canales, según la estación del año. Solamente la carreta de bueyes de ruedas altas podía superar el obstáculo de tales vías. El carro liviano, el *faeton*, el *sulky* y el carruaje no tenían cabida en las pampas. El gaucho y el indio se habían amoldado a sus caballos y habían superado las distancias. Pero el colono o arrendatario inmigrante nunca llegaron a

ser de a caballo: circunscriptos a los bueyes afanosos o a ir a pie, pronto se resignaron al horizonte limitado de su campo.

El almacén de campaña era la única institución social de la Argentina rural. Servía también como proveedor de mercaderías, comprador de productos, banquero y único dispensador de crédito. Pero en el aislamiento de una campiña solitaria, su rol como un lugar de sociabilidad y fuente de información y noticias era quizás tan vital como sus funciones económicas. En muchos sentidos ocupó el lugar de la iglesia, la escuela, el club y la plaza, tan ausentes en las pampas. Sus orígenes eran coloniales, pues había surgido de la economía pastoril. La *pulpería* fue su expresión originaria -casa de bebidas, almacén y club social para gauchos. Con el desarrollo de la ganadería y de los cultivos, la estación del ferrocarril llegó a constituir su punto preferido de localización, y sus intereses comerciales y mercantiles aumentaron. En lugar de vasos de alcohol de caña puro, ahora despachaba preferentemente vino tinto barato a campesinos italianos, y con preferencia a la sal y alas hojas secas de yerba mate, vendía carne, habas y galletitas. Aquí, en un día domingo o en la temporada de ocio entre la cosecha y la siembra, el campesino podía distraer su soledad, averiguar los últimos rumores y precios sobre la cosecha a intercambiar informaciones con vecinos que no visitaba nunca. Empero, muchos campesinos no estaban al alcance de un almacén de campaña; y aún en caso de estarlo, difícilmente, satisfacía sus necesidades sociales.

Las iglesias, las escuelas y los clubs no penetraron en la Argentina rural por el simple motivo de que la radicación era dispersa y a menudo temporaria. Las colonias de los judíos rusos en Entre Ríos y Santa Fe y de un modo más limitado algunas de las colonias suizas más antiguas de Santa Fe tenían una unidad religiosa y cultural firme. Pero estas eran excepciones aisladas. Los campesinos en la Argentina no vivían generalmente en poblaciones para salir cada día a cultivar los campos circunvecinos. En razón de la agricultura extensiva, en la que se cultivaba en superficie una gran extensión de tierra, los hogares campesinos estaban dispersos a distancias considerables unos de otros. Cuando la unidad básica para el cultivo de cosecha estaba constituida por treinta hectáreas, todavía hacía falta caminar o cabalgar macho para llegar hasta lo de un vecino. Con doscientas hectáreas la distancia casi se triplicaba y la posibilidad de que llegaran instituciones sociales al campo disminuía en proporción.

Los casamientos, funerales y feriados eclesiásticos especiales podían justificar el largo viaje al pueblo o la ciudad. Pero el sacerdote, el clérigo o el rabino no podían asistir a familias dispersas a Grandes distancias que carecían de los recursos o del interés como para formar una congregación. La educación enfrentaba igualmente problemas insalvables. Los niños eran necesarios para el trabajo, Y aún en caso de poder prescindir de ellos, ¿adónde se podrían construir las escuelas para ponerlas al alcance de esta, población dispersa? En cuanto se salía de Buenos Aires y las ciudades de la costa, las oportunidades educativas declinaban bruscamente en calidad y cantidad. En grandes zonas de las pampas eran prácticamente inexistentes. En lo que respecta a los clubes de canto o de tiro, o a las sociedades de socorro muto de los alemanes, suizos a italianos, se trataba de instituciones urbanas. Prosperaban en los centros poblados, pero no en el campo. El campesino promedio vivía de ocho a veinticinco kilómetros de distancia de la estación ferroviaria más próxima. Probablemente estaba a sesenta a ochenta kilómetros del pueblo más cercano. El aislamiento podía ser ahora de una variedad distinta. Más que el horizonte quebrado sólo por los cardos, se podía ver los ranchos de varios campesinos y tal vez la finca de algún ganadero. Pero la ocupación de las pampas no había relacionado a sus habitantes entre sí.

Si bien el rancho del campesino parecía estar a una distancia remota del pueblo rural, debe tenerse presente que este último estaba también remotamente lejos, en un sentido cultural y social, de la metrópoli de Buenos Aires, de los puertos activos de Rosario y Bahía Blanca o de la ciudad colonial de Córdoba. En 1914, aparte de los puertos y centros adyacentes a Buenos Aires y alrededores, las pampas sólo podían enorgullecerse de tres ciudades en la categoría de los veinte a treinta mil habitantes: Chivilcoy, Junín y Pergamino, todas en la provincia de Buenos Aires. Los núcleos mayores de población en la provincia de Santa Fe, después de Rosario y de la ciudad de Santa Fe, eran Casilda, Cañada de Gómez y Rafaela, que contaban cada una con algo menos de diez mil habitantes. El pueblo rural término medio tenía una población entre dos y seis mil habitantes; una calle principal sin pavimentar, una plaza pelada, unos pocos negocios, algunas manzanas de casas de adobe o de ladrillos de barro, estando las más pretenciosas revocadas o blanqueadas por fuera; a veces una iglesia, una escuela, algunos cobertizos de

almacenaje y una estación ferroviaria. Si era el asiento de alguna subdivisión política probablemente había alguna especie de municipalidad en la plaza. Los habitantes eran gente de medios y cultura modestos. El cura, el comisario, el juez de paz y el maestro de escuela representaban la aristocracia y la autoridad del pueblo. Aquí no había ningún médico; el boticario atendía cualquier enfermedad grave. Aquí no residía ningún ganadero, ningún abogado, político o banquero. Este pueblo tenía, término medio, poco que lo recomendara. Después de una visita a Rafaela en 1891, un observador comprensivo y generalmente en simpatía con el medio argentino escribió: Todo lo que puedo decir es, sin embargo, que si alguna vez un hombre desea saber lo que es tener una inclinación a cometer suicidio, déjeselo pasar una semana en un pueblo rural en la Argentina <sup>18</sup> El pueblo era esencialmente un pequeño núcleo reunido para atender a las necesidades más elementales de la Argentina rural y para despachar la riqueza del suelo lo más rápidamente posible hacia la costa.

Unos pocos representantes de la población rural gozaban de las ventajas de una existencia civilizada -el terrateniente o el ganadero ricos. La cabeza de estancia había cambiado de sencillo puesto fronterizo a chalet del Mediterráneo, castillo francés o casa de campo inglesa con remates triangulares, rodeado por arboledas de eucalyptus, céspedes cortados, rosedales y canchas de tenis. Pero para esta clase la residencia del campo representaba poco más que un lujo para una visita de verano o de fin de semana, y estaban en mucho mejores términos con las calles de Buenos Aires o París y las playas de Mar del Plata o Punta del Este, que con la tierra que les proporcionaba su riqueza. Los que vivían realmente en las pampas llevaban una existencia bastante distinta. Si bien siempre había pulcras casas de ladrillos, cobertizos, vacas lecheras, las aves de corral, los plantíos y las pequeñas huertas con ciruelos y durazneros, los diversos cultivos de alguna colonia suiza que los propagandistas adoraban presentar a los inmigrantes europeos como ejemplo de lo que podía hacerse en las pampas, este cuadro era una excepción rara. Es conveniente recordar que aún para este cuadro la base estaba dada por tierras que tenía poco valor para la economía existente, por gente que había tenido la oportunidad de radicarse

---

<sup>18</sup> Charles E. Akers: Argentine, **Patagonian and Chilean Sketches** (London, 1893) p. 66.

definitivamente en la tierra y que muy probablemente habían invertido treinta años de dura tarea para dar origen a un paisaje agrícola tan idílico.

La transitoriedad dominaba la vida en las pampas, así como el aislamiento dominaba al campo. La mayor parte de los inmigrantes ya estaban predispuestos a considerar la agricultura como un intervalo para amasar una reserva que pudieran gozar en su patria. Las dificultades que, al menos en la década de 1890, enfrentaba el pequeño cultivador para obtener un título sobre la tierra y la demanda de la economía pastoril por arrendatarios reforzaron este sentido de lo transitorio.

El hogar del campesino tenía poco sentido o valor para él. Su cultura no asignaba ningún valor a las comodidades físicas y su pobreza lo había curtido respecto de la incomodidad. El hogar no representaba para el colono o arrendatario casi nada de lo que significaba el origen anglo-sajón del término. Era tan sólo un abrigo barato y temporario contra los elementos. Lo más común en las pampas era un rancho de barro y paja. El suelo se apisonaba en un rectángulo medido en el piso. En las cuatro esquinas se hundían postes. Vástagos atados o alambrados a estos postes proveían un armazón. A esto se agregaba un techo de barda de paja o en una década posterior de chapa de zinc. Luego se aplicaba una mezcla de tierra, agua y abono a manojos de paja y luego se los intercalaba entre el armazón a fin de formar paredes. Esta vivienda, que podía ser completada en dos días de labor, abarcaba un espacio vital de diez a dieciséis metros cuadrados, tenía una puerta cerrada por una piel de oveja o un trozo de lona y tal vez una o dos aberturas o ventanas en las paredes. A veces el interior podía estar dividido en dos ambientes. Si se cocinaba adentro, un orificio cerca de la cumblera bajo los aleros dejaba salir el humo. Pero más común era una construcción adosada a un lado del rancho que resguardaba un pequeño horno de adobe, así como el fuego abierto para cocinar. Naturalmente había variaciones en el estilo y en las pretensiones de este tipo de construcción. El tamaño era meramente cuestión de extender la longitud de la casa o agregar unidades alrededor de un patio. Y algunas veces se construían viviendas más sólidas con ladrillos sin cocer, secados al sol, hechos de greda y pasto.

El interior de la casa reflejaba aún más la vida transitoria y la ausencia de preocupación por las comodidades físicas. Viajeros que

recorrieron la Argentina en otros tiempos solían expresar su asombro frente a los avíos de la morada del gaucho, limitados a unos cuantos cráneos de buey sobre el piso de tierra. El mobiliario del campesino no era tan pintoresco pero no mucho más abundante. Por cierto que, tal como sucedía en la sociedad pastoril, una gran parte de la vida diaria transcurría afuera o bajo el alero de la cocina y que durante el verano la familia comía, descansaba y dormía afuera. Unas cuantas sillas o bancos hechos a mano servían de asientos, y generalmente la casa se enorgullecía con la posesión de una mesa. El dormitorio era una pila de pieles de oveja y ponchos arrollados en un rincón y, en casas de lujo, había una cama para el campesino y su señora. A pesar del frío y la humedad de la estación invernal, no se conocían chimeneas de hogar o calefacción. El combustible, a menudo estiércol secado al sol prensado, era lo suficientemente costoso como para cocinar solamente. La iluminación era de una rareza similar. La luz del día gobernaba las horas rurales, las velas y el kerosene eran caros y poca gente tenía los conocimientos necesarios para leer o las ganas de hacerlo. De modo similar, la vestimenta estaba limitada a lo más esencial. Predominaban las telas baratas de algodón, a pesar de las temperaturas invernales, que frecuentemente descendían por debajo del punto de congelación. Eran muchos los adultos y también los niños que andaban descalzos durante todo el año. El único traje y el par de zapatos, o el vestido y las medias, estaban reservados para la ocasión especial de una visita a la ciudad. Los pantalones y camisas de todos los días, las polleras y blusas, se usaban hasta quedar hechos trizas y después se remendaban.

Es dable imaginarse que estos campesinos no se acordaban de los hábitos ni aun de la posibilidad de las prácticas de limpieza e higiene. Las instalaciones sanitarias eran desconocidas. Rodeado por la vasta extensión de las pampas, habría sido difícil explicar a un paisano italiano las razones para instalar un retrete. El pudor o la sanidad difícilmente constituían una preocupación para él. Para su modo de pensar, los baños eran igualmente innecesarios. Ni su cultura ni el medio que lo rodeaba podían hacerle considerar esencial la pulcritud personal. A diferencia del noreste tropical del Brasil, donde las enfermedades habían barrido diligentemente a los colonos alemanes que no se lavaban, la suciedad no imponía tales penalidades en la templada Argentina costera.

Su trasfondo cultural, transitoria existencia a ignorancia dejaban a estos campesinos desprovistos de las comodidades más elementales. La rutina durante las temporadas de siembra y cosecha era trabajar deslomándose en una jornada de diez y ocho horas de labor. Pero durante los otros siete meses del año, casi como una reacción a lo anterior, caían en una especie de letargo. Ciertamente que a menudo había poca variedad de cosas que hacer, especialmente cuando el contrato de un arrendamiento le dictaba un cultivo único, le impedía mantener porcinos o vacunos y lo forzaba a mudarse después de unos pocos años. Ciertamente la falta de propiedad desalentaba cualquier intento de plantar árboles para proteger a su rancho del sol quemante o para proveer fruta en su dieta. Pero era igualmente raro hallar alrededor de las casas rurales huertas de verduras, gallinas y ni unas pocas modestas calabazas. La dieta universal estaba compuesta por habas y maíz, sazonados con grasa. Aun ese producto fundamental de la Argentina pastoril, la carne, sólo aparecía sobre las mesas campesinas durante la estación de cosecha, a fin de dar fuerza para las labores cálidas y polvorientas. Y entonces se la compraba ya carneada del carro o negocio del carnicero. Modestas en su alimentación, las familias inmigrantes eran igualmente moderadas para la bebida. El vino tinto era señal de un acontecimiento social especial, un día de fiesta, una visita a la ciudad o la llegada de un huésped de honor. Los licores fuertes o el alcohol de caña hacían la aparición, tal como la carne, en la época de la cosecha, más como estimulantes que para fines de sociabilidad.

La transitoriedad en las pampas estaba estrechamente relacionada, con el impulso económico hacia la agricultura extensiva. La Argentina tenía tierra en abundancia, aunque no estuviera disponible para pasar a ser propiedad de inmigrantes pobres, y una gran parte estaba constituida por suelo virgen que requería ser mejorado por el arado. En el esfuerzo por arrancarle fortuna a la naturaleza, los campesinos inmigrantes inevitablemente tomaban demasiada tierra. Si se podía obtener un beneficio en base a treinta o cuarenta hectáreas, seguramente podía ser triplicado o cuadruplicado con cien o doscientas hectáreas. Pero la inversión en esfuerzo y capital que podía ser suficiente para sostener el riesgo sobre treinta hectáreas obviamente no podía ser estirada por sobre un área mucho más vasta. Estos daños provenientes de la agricultura extensiva se

combinaban con la negativa a diversificar cultivos. Con demasiada frecuencia la apuesta a un solo cultivo militaba contra el arrendatario o colono; pues si los miles de riesgos naturales -inviernos suaves, heladas fuera de tiempo, sequías, langostas o lluvias durante el breve período de cosecha- no lo derrotaban y obtenía una cosecha tope, el mercado lo atrapaba en su garra impersonal y lo premiaba con precios más bajos, fletes ferroviarios más altos, o mayores costos en los equipos. Para su limitado horizonte psicológico y mental no quedaba otra cosa que volver a empezar de nuevo al año siguiente con el mismo ciclo y esperar que de algún modo surgiera milagrosamente una ganancia. Esta explotación extensiva, de un solo cultivo de las pampas era también impuesta por los terratenientes y ganaderos. Los campesinos europeos habían sido aceptados como lo habían sido los toros de raza, las pasturas mejoradas y el alambre de púa, pero esperándose que los inmigrantes continuarían siendo trabajadores, para plantar alfalfa para el ganadero o proveer renta al terrateniente. Como la fuerza de trabajo era pequeña en comparación con la tierra disponible, la agricultura extensiva permitía el cultivo del mayor área posible. Los contratos con los arrendatarios trataban de alentar esto. Estaban prohibidos los vacunos, porcinos a ovinos que reducían el área bajo cultivo y distraían al arrendatario de su función primaria. Por las mismas razones se desalentaban los frutales, la vivienda decente y los huertos. De tal manera los intereses terratenientes conspiraban con las inclinaciones naturales del campesino para promover un sistema de agricultura extensiva en las pampas.

La revolución agrícola en las pampas consistió por lo tanto principalmente en una explotación cambiada de la tierra. Los cereales y el ganado de cría, los arrendatarios y los ferrocarriles reemplazaron al indio, al gaucho y al ganado nativo. Estos mismos desarrollos económicos trabajaban en contra de la pequeña propiedad campesina, los caminos mejorados, las instituciones sociales rurales o una vivienda mejor. Es cierto que los primeros inmigrantes que llegaban a cada una de las nuevas fronteras, prosperaban y a veces llegaban a terratenientes. Los golondrinas llevaban de vuelta a sus patrias una considerable acumulación de salaríes. El arrendatario probablemente no tenía que soportar condiciones peores que en Italia, España o Francia y a menudo mejoraba sustancialmente su posición financiera. Unos pocos hasta llegaban a hacer sus fortunas

comenzando al fondo de todo como campesinos. Pero si bien la superficie cultivada aumentaba cada año, el hombre no se arraigaba en las pampas. La nueva Argentina difícilmente daba al habitante o inmigrante rural las oportunidades de progreso o ganancia económica que le ofrecía la ciudad. Había pocas cosas que retuvieran a los ambiciosos o capaces en el campo, pues la historia del éxito era contada con mayor frecuencia por los que abandonaban el suelo después de unas cuantas cosechas afortunadas a invertían sus ahorros en un negocio o un terreno en algún pueblo o ciudad. Los talentos y la riqueza de este país se concentraban en los centros urbanos. Más bien que una frontera, la Argentina tenía una ciudad. Así, el impacto de esta revolución agrícola alcanzó más allá de las pampas, forjando una nueva nación en las ciudades costeras y sobre todo en la ciudad de Buenos Aires.

El crecimiento de las ciudades, que eventualmente haría de los argentinos el pueblo más urbanizado de Latinoamérica, había comenzado con los poblados españoles, pero recibió su impulso más efectivo de la explotación agrícola de las pampas. Los inmigrantes eran atraídos a la Argentina en las últimas décadas del siglo diez y nueve por las oportunidades económicas. Pero su acceso a la tierra se veía bloqueado por los propietarios argentinos que habían acumulado grandes patrimonios por motivos de prestigio o inversión. Cortado en gran medida este acceso al progreso, los recién llegados se amontonaban en las ciudades portuarias de la Argentina, en especial en Buenos Aires. Y aquí hallaban las oportunidades e instituciones, la sociabilidad y hasta la riqueza que les eran tan frecuentemente negadas en el campo.

Imaginemos por un momento la situación del inmigrante europeo a la Argentina en la última parte del siglo diez y nueve. Ya fuera la atracción de las nuevas oportunidades allende el océano o la presión de las condiciones imposibles en casa lo que lo había impulsado a partir, el resultado era una revolución en su existencia. Podía ser analfabeto. Probablemente provenía de las clases más pobres de la campiña española a italiana o de sus pueblos. Pero tenía fe en sus dos fuertes brazos o reconocía que nada podía ser peor que el exceso de población existente en la tierra y en las industrias de su patria de origen. Y la convicción de que sólo se trataba de un desplazamiento temporario le daba coraje para el salto a través del Atlántico. Aún en el caso en que traía a su familia, venía como un migrante. Su sueño

era *Hacer la América* conquistar las riquezas del nuevo mundo y volver a su pueblo o a su ciudad para gozar de ellas.

Exceptuando a los pocos que fueron transportados por las compañías colonizadoras y al experimento del gobierno argentino con parajes gratis en 1888-1889, el inmigrante pagaba su propio viaje a través del Atlántico. El número creciente de barcos a vapor que surcaban la ruta al Río de la Plata y la competencia resultante entre las líneas habían reducido prácticamente a nada el costo del pasaje de entrepuente. Si bien la Argentina estaba a una distancia doble a la de los Estados Unidos de los puertos europeos, en la década de 1890 el trabajador migrante o golondrina podía pagar su pasaje de ida y vuelta, con dos semanas de trabajo en la Argentina. Las dos a cuatro semanas bajo cubierta con instalaciones sanitarias inadecuadas, comida pobre, monotonía y mareos constituían una etapa intermedia desagradable pero soportable que tenía que preceder al proceso de ganar dinero.

Con la importancia creciente del influjo de golondrinas cada verano para cosechar el trigo y el maíz, el gobierno argentino tomó gradualmente medidas, en especial después de 1900, para asegurar el transporte rápido de dichos trabajadores agrícolas a los campos. Una zona de despacho establecida entre las nuevas dársenas en el extremo norte de Buenos Aires y la estación ferroviaria principal de Retiro llevaba a los trabajadores para la cosecha en tiempo record desde el descenso de los barcos hasta el ascenso a los trenes. Los inmigrantes que no caían en esta categoría especial recibían mucho menos atención. Los que así lo deseaban podían obtener cinco días de alojamiento y comida gratis, al principio en un establo sucio y sin ventilación en el centro de Buenos Aires y después de 1900 en un lóbrego edificio de hormigón cercano a la zona portuaria norte. Otros tomaban su camino por hoteles destartados, los hogares de algunos amigos o parientes ya establecidos o vivían durante sus primeras semanas en la Argentina como vagabundos a lo largo de los muelles o en los parques.

En las ciudades costeras argentinas de la década de 1880, ya fuera entre los trescientos mil habitantes de Buenos Aires o los cuarenta mil de Rosario, en rápido crecimiento, o los quince mil establecidos en esas dos capitales provinciales de Santa Fe y Paraná que se enfrentaban una a otra a través del Río Paraná, o los diez mil de San Nicolás, los inmigrantes constituían la base de un cambio mucho más

completo que el que ocurría en las pampas. Estas ciudades ya habían absorbido el grueso de la inmigración europea a la Argentina. El porcentaje de los nacidos en Europa variaba de un moderado 10 por ciento en Santa Fe y Paraná a 50 por ciento en Buenos Aires. Como Buenos Aires era virtualmente el único puerto de entrada para los europeos, esta ciudad distraía una gran proporción de esta fuerza laboral para satisfacer sus necesidades velozmente crecientes de servicios, construcción y producción. Con la excepción de las depresiones a mediados de la década de 1870, a principios de la de 1890 y en los años inmediatamente precedentes a la Primera Guerra Mundial, la demanda de trabajadores excedió a la oferta, especialmente para trabajos manuales.

El recién llegado a Buenos Aires enfrentaba por lo tanto pocos problemas en la primera parte de su conquista del oro -la de conseguir trabajo. Si llegaba a la Argentina en el verano podía ser despachado velozmente a los campos de trigo o maíz con sólo decir que era un trabajador agrícola. Llevaba su vestimenta puesta, su empleador lo alimentaba, podía dormir al aire libre y al fin de cuatro meses de trabajar hasta deslomarse podía embolsar el equivalente de treinta a cuarenta libras esterlinas.<sup>19</sup> De modo similar la construcción de ferrocarriles absorbió un vasto número de trabajadores pagando salarios casi igual de altos. Y en Buenos Aires y Rosario la demanda de mano de obra parecía insaciable. La revolución agrícola en las pampas hizo que un enorme flujo de productos pasara por estos puertos. No sólo el volumen sino también el tipo de productos requerían mucho más procesamiento y manipuleo que la carne salada, los cueros secados o la lana sucia de los años anteriores. Las curtiembres, molinos harineros y plantas limpiadoras de lana agregaron nuevos pesos a la preparación de las materias primas. Los frigoríficos que congelaban las reses de ovinos y vacunos se transformaron en una gran industria empleadora de miles de trabajadores calificados y no-calificados. El desarrollo agrícola alentó una ulterior concentración y expansión. Dos nuevas ciudades surgieron en la provincia de Buenos Aires. La Plata, erigida en 1882 en capital de la provincia después de la federalización de la ciudad de Buenos Aires, llegó a ser pronto una importante ciudad administrativa y portuaria, en tanto que en el lejano sur Bahía Blanca se

---

<sup>19</sup> Charles Derbyshire: **My Life in the Argentine Republic** (London, 1917), pp. 102-103.

transformaba de villorrio fronterizo en principal puerto lanero y triguero y cabecera de un importante sistema ferroviario. Tanto Buenos Aires y La Plata en la década de 1890 como Rosario y Bahía Blanca después de 1900 completaron nuevas y extensas obras portuarias: canales dragados, dársenas de hormigón, escolleras, depósitos, elevadores de granos y playas ferroviarias.

Por último, el crecimiento físico de las ciudades costeras proporcionaba también oportunidades sin límite a los inmigrantes: Buenos Aires pasó de 300.000 habitantes en 1880 a 1.500.000 en 1914; Rosario de 40.000 a 220.000; Santa Fe de 15.000 a 60.000; y las dos nuevas ciudades de La Plata y Bahía Blanca llegaron respectivamente a 90.000 y 60.000 habitantes. Con el crecimiento de la población estos puertos se desparramaron alejándose de las riberas, más bien que construyendo hacia arriba, y crearon ciudades extensas que abarcaban muchas pequeñas barriadas casi auto-suficientes. No sólo eran necesarios los albañiles, plomeros, carpinteros, peones y capataces para la construcción de los edificios de uno, dos y tres pisos, sino estas barriadas requerían también sus propios almaceneros, lecheros, sastres, panaderos, repartidores, carniceros, sirvientes y vendedores ambulantes. El crecimiento urbano y la prosperidad económica fomentados por la revolución agrícola generaban simultáneamente una manía por la modernización, especialmente en Buenos Aires. Las angostas calles coloniales y los estilos españoles de arquitectura tenían que ser extirpados. La fiebre por pavimentar calles, trazar avenidas amplias y parques y construir edificios públicos imponentes y residencias privadas suntuosas contribuyó aun mayores oportunidades de empleo para los miles de europeos que llegaban cada mes a Buenos Aires. Los inmigrantes mismos creaban nuevas industrias. Con las importaciones requeridas por estos recién llegados; comenzaron a florecer las fábricas locales de tallarines, cerveza, textiles y zapatos.

De este modo, las oportunidades de las ciudades costeras reforzaron los efectos del sistema de tenencia de la tierra en la Argentina y tendieron a derivar a la mayoría de los inmigrantes hacia las ocupaciones urbanas, a menudo más hacia los servicios que a las industrias productivas. Aun los que inicialmente se dirigían hacia las pampas como trabajadores para la cosecha, medieros o arrendatarios hallaban con frecuencia su camino de retorno a la ciudad. La vida urbana era multitudinaria y costosa, pero proporcionaba el contacto

social, la educación, la oportunidad de progresar, el colorido y la actividad que faltaban en gran medida en las pampas. Posiblemente en razón de que una inmigración compuesta predominantemente por europeos del sur llegaba a un país que ya era latino o debido a que estos recién llegados de clase más baja no tenían una identidad propia claramente definida, se fusionaban fácilmente con la población urbana. Pocos alcanzaban gran riqueza. Pero la mayor parte tenía un pasar mejor que el que podía haber esperado en su patria. Los más pobres podían amontonarse en los barrios bajos urbanos en conventillos que comenzaron a proliferar en Buenos Aires y Rosario en la década de 1880. Pero aún en ese caso, sus hijos iban a la escuela por lo menos durante unos años; la iglesia, la plaza y el café estaban a la vuelta de la esquina; y si bien el hambre hacía sentir a menudo su angustia, ya no amenazaba la inanición.

Junto con su ambición, *hacer la América*, el inmigrante también había traído el sueño del retorno a su patria. Empero, tal como sus trabajos en las pampas y en los puertos crearon una Argentina económicamente nueva, así su sangre había de formar la amalgama de una Argentina nueva en el sentido social y político. Por regla general, las nacionalidades europeas no se aislaban por grupos en las ciudades costeras, si bien La Boca, la zona portuaria en el sector sur de Buenos Aires, llegó a constituir un distrito italiano, en tanto que los suburbios de Hurlingham hacia el oeste y de Belgrano hacia el norte se transformaron en villas inglesas. Pero las asociaciones nacionales trataban de suavizar la adecuación del recién llegado al medio argentino. En esto ayudaban frecuentemente al proceso de adaptación y asimilación. Los vascos, catalanes, italianos y franceses se unían en sociedades de ayuda mutua. Los alemanes, británicos, españoles y franceses tenían sus propios hospitales para atender a sus connacionales. Los alemanes y británicos mantenían sus sistemas escolares propios, si bien bajo el control remoto del Ministerio de Educación. En todas las ciudades portuarias había clubes de tiro suizos, canchas de *jai alai* vasco, clubes corales alemanes y asociaciones garibaldinas. Alrededor de 1900 cada uno de los principales grupos inmigrantes publicaba por lo menos un diario en Buenos Aires. Naturalmente los dos grupos más grandes, los italianos y españoles que antes de la Primera Guerra Mundial contribuyeron respectivamente con el 55 y el 26 por ciento de todos los inmigrantes, tenían que hacer pocos ajustes para adaptarse en

términos de religión, idioma o alimentación. Los italianos por cierto cambiaron los hábitos argentinos: agregaron *macaroni*, *spaghetti* y *vermicelli* a la cocina nacional; incluyeron expresiones y términos italianos en el lenguaje hablado; crearon el lunfardo, dialecto de los barrios bajos y de las gentes de avería de Buenos Aires y revolucionaron la arquitectura urbana. En razón de ello, la gran mayoría de los inmigrantes aprendía rápidamente el español y lo corrompía aún más. Se mezclaban y casaban fácilmente con argentinos o con otros grupos de inmigrantes. Y a medida que pasaban los años y sus obligaciones y relaciones locales aumentaban, el sueño del retorno a su patria se iba desvaneciendo gradualmente sin desaparecer jamás por completo, peso transformándose en una esperanza sin sentido práctico.

El pueblo argentino del siglo veinte emergió de los hijos e hijas de estos inmigrantes. En poco más de cuatro décadas, un país de 1.800.000 habitantes había recibido una inyección de 2.500.000 europeos y esta afluencia se había quedado en gran parte de los centros urbanos de la Costa. Llegando a 1910, tres de cada cuatro habitantes adultos de Buenos Aires habían nacido en Europa y la proporción era sólo levemente menor en Rosario o Bahía Blanca. Cosa curiosa, los hijos de los padres que soñaban con Europa rechazaban violentamente estas conexiones europeas. Si bien por el hecho de su nacimiento en la Argentina eran ciudadanos argentinos, psicológicamente sentían la necesidad de reafirmar su argentinismo. En consecuencia, trataban de desembarazarse de todos los rasgos que pudieran relacionarlos con el gringo. A veces hasta se negaban a hablar el idioma de sus padres. Las escuelas, numerosas y efectivas al menos en las ciudades costeras, reforzaban esta asimilación a los valores y al nacionalismo argentinos. Y como la mayor parte de los padres habían llegado a la Argentina desprovistos de todo y analfabetos, no podían abrigar la esperanza de hacer apreciar a sus hijos las tradiciones europeas. Solamente unos pocos grupos tales como los técnicos, gerentes o comerciantes ingleses y alemanes pudieron mantener su aislamiento a través de sucesivas generaciones y crear una comunidad separada, tal como la de los anglo-argentinos, argentinos que frecuentemente no sabían hablar español y sabían poco del país fuera de un colegio británico, un club británico y una empresa británica.

La nación que emergió del cambio en las pampas producido en la última parte del siglo diez y nueve y de la amalgama en las ciudades costeras era sin embargo un país dividido e indeciso. Por una parte la concentración de inmigrantes en los puertos, secundada prontamente por una migración interna a estos centros urbanos, había dotado a la Argentina de los decorados de un país próspero y en expansión. Pero pasar de la cosmopolita Buenos Aires a las coloniales Salta o Jujuy era como desplazarse cien años hacia atrás. La Argentina, ¿qué era? ¿Era la élite educada y progresista que administraba la nación como su patrimonio desde el recinto del Congreso o de la Bolsa o mientras tomaba un brandy de sobremesa en el Jockey Club, el Club del Progreso o el Círculo de Armas? ¿O era la floreciente clase media de los europeos de segunda generación, tan conspicua como almaceneros, empleados de oficina, gerentes y capataces en las ciudades costeras? ¿O era el indio que trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar en Tucumán o en los quebrachales del Chaco, el mediero italiano en su rancho en las pampas, el pastor de rebaños irlandés en la Patagonia o el peón de estancia en Buenos Aires? ¿O era el proletariado urbano, esa masa en rápida expansión y con aspiraciones crecientes que vivía en los puertos -el cocinero mestizo de Santiago del Estero, el trabajador vasco del matadero o del frigorífico, el portero de Galicia o el vendedor ambulante italiano? No puede resultar sorprendente que después de un siglo de independencia los argentinos aún estaban buscando una identidad, que los complejos de superioridad a inferioridad asaltaban alternativamente a los altaneros porteños y que la nación presentaba todos los matices de prosperidad y pobreza, progreso y reacción, erudición y analfabetismo.

## RESUMEN

La producción de cereales y carne para exportación constituyó un elemento fundamental para la aparición gradual de un nuevo estado de cosas en la Argentina a fines del siglo pasado y comienzos del presente. El ganado de cría, las colonias agrícolas, los cultivos anuales, el inmigrante y el ferrocarril fueron factores de una revolución en las pampas argentinas.

El presente trabajo analiza los aspectos económicos y sociológicos de dicho fenómeno, considerando las repercusiones que el mismo tuvo sobre toda la sociedad argentina y sus valores. Los sistemas de tenencia de la tierra y de colonización, la situación del campesino en el medio rural argentino, los problemas emergentes de la exportación de artículos perecederos (carne) y el efecto de la inmigración sobre el crecimiento urbano reciben atención especial.

### SUMMARY

Cereal and meat production for export were the main element for the gradual emergence of a new state of affairs in Argentina at the end of the last century and the beginnings of the present one. Stockbreeding, agricultural colonies, crop farming, immigrants and railroads were factors which gave birth to a revolution in the Argentine Pampas. This paper analyzes the economic and sociological aspects of said phenomenon, considering the repercussions it had on the whole of Argentine society and its values. Landholding and colonization systems, the situation of the farmer in the Argentine rural scene, the problems arising in connection with the export of perishable goods (meat) and the effect of immigration upon urban growth are subject to special attention.